

Alejandro Morellón
***Caballo sea
la noche***

*Una novela desbocada, poética
y filosófica que roza la locura
y el absurdo con admirable
maestría.*

Candaya Narrativa 62

Diseño de la colección: Francesc Fernández
Primera edición: septiembre 2019

ISBN: 978-84-15934-69-1

21x14 cm; 96 págs.

PVP: 13€



FRAGMENTO DE CABALLO SEA LA NOCHE

I

Quise ingresar de nuevo en la noche para evitar el rostro de mi madre, el de mi hermano, el de mi padre, e intercambiar los afectos y los defectos de mi familia por una presencia redentora, reemplazarlos a todos por el cuerpo soñado de la bestia: un caballo blanco, descomunal, como un rey pálido bajo la tormenta, los ojos dirigidos a un cielo iluminado por la electricidad, la cabeza erguida para enfrentarse a la luz con un relincho, el músculo entre el grito y la carne, caballo sea la noche, le dije, y el animal continuó su curso entre los espacios intermitentes, desenfrenado por una potencia externa, desconocida, arrastrándose hasta llegar a un abismo en el que acabó por disolverse, y yo a ese caballo lo amaba porque ese caballo era yo, atravesado por la caída de los relámpagos como por la mirada de un dios infatuado, y cuando la imagen se desvanecía su inquietud perduraba a través de mi temblor, retorcido entre las sábanas, pensando en la razón por la que había entrado en mi cuarto

despojándome de la camiseta y de los zapatos, retirando todo lo que había sobre la cama para tumbarme en ella mientras los maldecía a los tres, caballo sea la noche, repetí, porque quise dormirme hasta el final de las cosas e invocar una oscuridad en la que no se leyera mi nombre, refugiarme bajo esa frazada que era mi manto nocturno, queriendo dormir para generar un crepúsculo increado todavía, y no recuerdo lo que había hablado con mi madre pero lo último que vi de ella era que seguía en el sofá, con el álbum de fotografías sobre las piernas aunque ya no lo mirara, ¿cómo estás?, le pregunté, pero mi madre simplemente pestañeó dos veces antes de que yo me diera la vuelta sin ninguna réplica, de regreso a mi habitación, y no había sido tanto el cansancio como mi voluntad lo que me había llevado a cerrar los ojos en espera de las próximas alucinaciones, en una noche que duraría muchas noches en las que yo lloraba incluso dormido, consignado en el dolor también en sueños, aunque a pesar de todo me decidiera por habitar un mundo provisional, sabiendo que podía renunciar a él cuando lo necesitara, encender la luz y regresar a la realidad de la casa, pero aún no quise, todavía no, prefería retener algo más de los días inmemoriales, soñando con el tiempo antes del tiempo, recobrando en la noche una memoria virginal, retroceder a lo que estaba antes, al día de mi quinto cumpleaños, por ejemplo, sentados todos alrededor de la mesa cuando mis padres me miraron orgullosos y se dieron la mano igual que hace treinta años, un mismo gesto que se desdoblaba en ellos, una reincidencia que duraba lo que durase el encantamiento, hasta que mi madre cogió el cucharón para preguntarnos: ¿quién quiere puré?, y nos sirvió a mi hermano y a mí y luego a nuestro padre, elegantemente vestido y muy recto en su silla, con una actitud tan tranquila que parecía aletargado, reposando sus ojos en el plato, en mi madre, en el vaso de vino, en la ensaladera, en mi hermano, en mí, y luego en mi boca: algo de puré se resbalaba de ella hasta el mentón, mi padre se acercó a mí y deslizó el pulgar por debajo del labio, recogió el rastro de puré y luego se lo llevó a su propia boca y dijo: qué rico, y ya mucho más tarde he querido adivinar en ese acto un símbolo crucial, una anticipación, mi madre sonrió primero hacia mi padre y luego hacia mí y seguimos comiendo todos a ratos en silencio y a ratos no, desde la ventana nos llegaba una luz sin brillo pero el día era claro y los cubiertos de plata, que solo se utilizaban cuatro veces al año, nos devolvían la forma de los demás objetos sobre la mesa, la bandeja del pan y la fuente de agua y la tarta que mi madre dispuso en el centro para que yo soplara las velas después de pedir un deseo, y ese deseo lo pedí y nunca se me cumpliría, mi padre tironeó de una de mis orejas cinco veces mientras mi madre cantaba y mi hermano quiso también soplar las velas, aunque no creo que él pidiera ningún deseo, pero a menudo el recuerdo y el sueño se malinterpretaban, a veces era mi madre la que me tiraba de las orejas, o mi hermano no soplab las velas, o a mi padre le asqueaba la comida que había recogido de mi cara, y entonces la memoria se volvía inestable, un lugar del que yo no sabía si huir o en el que refugiarme, a menudo atravesado por una inquietud solipsista en la que la naturaleza de las imágenes perdía concreción, y por medio del mismo

desvarío me acababa disolviendo, me enajené de los objetos sensibles, estaba recluyéndome en el yo como un árbol que no se ve porque está enterrado al revés, un fruto que crece subterráneamente fuera de la mirada del mundo, protegido de la luz, porque yo sentía que la luz me había hecho más daño que la oscuridad, por eso rechazaba todo lo demás: el aire real y los sonidos de la calle, la mañana y la tarde, el frío, el calor, el paso arrastrado de mi madre por el pasillo, negando todo lo que no tomara forma a partir de mi propia mentalidad, sometiéndome cada vez más a un sueño inagotable, una falsa memoria que fluía y recomenzaba, desarticulándose para luego volver a articularse en formas variadas de la memoria o de la recreación, porque yo no sabía diferenciarlas y porque me costaba abandonar el estadio lunático para regresar al original, al tiempo de las obstinaciones, porque la historia de mi familia fue una historia de la revivencia, de repetición, la debilidad en el padre, el silencio en la madre, la lesión en el hermano, yo no quería volver a la clarividencia sino sustituirla por los estados más nobles, por la noche y el sueño, para despertar después como quien no ha conocido un pasado, para quien no ha conocido el cuerpo de los demás, y a veces la realidad era un ojo que se abría para ver lo poco del paisaje que entraba desde la ventana de mi cuarto, un sol de septiembre o las ramas peladas del árbol, distinguía la nieve del invierno y yo abrí la boca como para probar el frío pero no lo sentí, me obligué a continuar entre las imágenes de cada sueño, reutilizándolas, reciclándolas, valiéndome de ellas como en una proyección cíclica demoledora, habitando un interregno de la conciencia hasta que al final el sueño se imponía de nuevo y se manifestaba, por ejemplo, en un cuerpo y en una mano y dentro de esa mano en un puño y dentro de ese puño en un ángel sin boca y dentro del ángel en las palabras, *quisiera transformar el lenguaje*, intentaba decirlo murmurando, *volverlo sagrado silencio*, sonaba como un gemido, y el ángel se retorció y yo veía su cuerpo caer perdiendo el conocimiento, cayéndose en la noche, y se le olvidaban al ángel los cánticos y el idioma, todos los lugares y los espacios del mundo, y yo volvía a quedarme solo muy detrás de la memoria allá donde no llegaba ningún conocimiento, a salvo donde mi padre me envolvía por entero, su aliento desde arriba y desde detrás, comprimiéndome en un abrazo sin tiempo, hasta que abrí los ojos y miré la mancha de mi ropa interior y me vino una duda antigua: sobre la reformulación de las vivencias en memoria, sobre la revivificación de los cuerpos mediante la imagen, y me pregunté si mi cuerpo también habría desaparecido o por el contrario seguía ahí, con los brazos ahora cruzados sobre el pecho y mis pestañas sellando la puerta de la luz, siempre en una dicotomía entre el ser y el querer ser, entre una materia inconformable y la otra inconformista, cuestionándome la naturaleza del deseo que siempre avanza en perpendicular a la voluntad pero sin tocarla nunca, de la misma forma que los proyectos y los apetitos habitan entre sí sin comprenderse, pensaba, fijándome en la mancha, y me pregunté si la mancha del que sueña era y no era la misma mancha del que recuerda, porque en el sueño no se tenía un orden concreto para los acontecimientos, a la

memoria del sueño no se le podía imponer un proceso estructural, introducir un episodio origen, establecer un ritmo, el sueño era distinto del pensamiento, que era otro artificio más, al fin y al cabo.